

El ensayo filosófico-social en Chile

por JULIO CESAR JOBET

El profesor Raúl Armando Inostroza ha elaborado un excelente panorama sobre "El ensayo en Chile desde la Colonia hasta 1900". (*) De acuerdo con sus investigaciones, el Ensayo en Chile, como en otros países hispanoamericanos, corresponde a una "literatura de ideas", en que el autor pone un sello personal y toca asuntos que se refieren al espíritu humano, a las realidades materiales, y a los problemas sociales o políticos que afectan al país o a la América entera. La expresión más importante se encuentra en el ensayo de carácter filosófico. En verdad en Chile, el ensayo ha sido cultivado en forma amplísima. Sus principales escritores, sean novelistas, poetas, historiadores o sociólogos, han sentido inclinación por la forma ensayística, dejando valiosas expresiones de tal índole. En la obra del profesor R. A. Inostroza se delimita claramente el ensayo al de contenido filosófico-social, y dedica nutridas páginas a sus más esclarecidos representantes. Su trabajo es erudito y ponderado; y constituye una buena información sistemática sobre un tema poco considerado por los analistas de la literatura chilena. Nos limitaremos a reseñar los resultados de su labor y, luego, a exponer en forma sucinta la obra de algunos curiosos pensadores del siglo XIX olvidados por la crítica.

A juicio del autor, los antecedentes del ensayo chileno se encuentran en la producción de los cronistas y teólogos de la época colonial, pues "en los libros que dedicaron al estudio de la tierra chilena y sus habitantes, o a la manifestación de sus inquietudes acerca de Dios y el Universo, existen páginas brillantes que caben muy bien en el terreno del ensayo", como ocurre con Alonso de Ovalle, (1603-1651), Diego de Rosales, (1603-1677), Miguel de Olivares, (1672-1786), y Felipe Gómez de Vidaurre, (1748-1818), autores de relaciones históricas sobre el reino de Chile. Pero las máximas figuras intelectuales de la Colonia son: Manuel de Lacunza, (1731-1801), y Juan Ignacio Molina, (1740-1829). El primero con su obra "La venida del Mesías en gloria y majestad", uno de los más extraños y originales ensayos teológicos escritos en América. Su gravitación sigue estimulando estudios y provocando polémicas, todo lo cual ha dado origen a una inmensa producción en su torno, inscribiéndose en ella defensores y detractores apasionados. El lacunzista

mo posee hasta el presente una asombrosa vitalidad y, en Chile, ha impulsado la publicación de varios estudios calificados. El profesor Inostroza resume algunos aspectos de su pensamiento y de su influencia en las páginas 47-55 de su monografía. El segundo, el abate Molina, publicó "Ensayo sobre la historia natural de Chile", "Ensayo sobre la historia civil de Chile" y "Memoria de historia natural". Molina alcanzó una inmensa notoriedad por el valor científico de su obra. Su ensayo "Analogía de los tres reinos de la naturaleza", incluido en su "Memoria", contiene ideas pre-evolucionistas, las cuales le acarrearán dificultades ante la curia romana. En la actualidad sus ideas son motivo de un examen cuidadoso y, con tal motivo, su figura ha emergido con mayores títulos de admiración en el mundo de las ideas. En nuestro país se le han consagrado numerosos estudios de mérito.

Otro sabio digno de mención es el dominico fray Sebastián Díaz, doctorado en Teología en la Universidad de San Felipe. Lo absorbió la enseñanza y redactó una extensa obra para ilustrar a sus alumnos: "Noticia general de las cosas del mundo".

En esta parte ilustrativa de los antecedentes del ensayo filosófico chileno se advierte una omisión. No se nombra al teólogo franciscano Alonso de Briseño, (1587-1669), cronológicamente el primer pensador chileno. Su fama como comentador de los tratados de Duns Scoto, se propagó por América y Europa y se le denominó el "segundo Scoto". (*)

A fines de la Colonia y durante el período de la revolución emancipadora jugaron un papel de extraordinaria trascendencia en cuanto a la difusión de las nuevas ideas, propias del despotismo ilustrado y del pensamiento renovador de los filósofos y enciclopedistas franceses, los ilustres patriotas José Antonio de Rojas (permaneció años en Europa y coleccionó una escogida y "iuciferna" biblioteca, con todas las obras audaces de la época, de crítica a la sociedad feudal-absolutista y al sectarismo de la Iglesia Católica. Rojas facilitó sus volúmenes a muchos criollos distinguidos, y, luego, dirigentes de la revolución liberadora); Juan Martínez de Rozas, (profesor en la Universidad de San Felipe y, a con-

(*) Lo estudia Walter Hanish Espíndola en su monografía: "En torno a la filosofía en Chile (1594-1810)", aparecida en 1963.

(*) Editorial Andrés Bello, 1969.

tinuación, figura prominente en la sociedad de Concepción, también propagandista de las nuevas ideas libertarias); Manuel de Salas (1754-1841), hombre de empresa y filántropo, que vivió siete años en España, donde adquirió una valiosa biblioteca. En Chile fundó la Academia de San Luis, plantel educacional reformista, y redactó varios memoriales notables acerca de la atrasada realidad y permanente crisis del país, a las autoridades españolas. En esos informes lúcidos se encuentran páginas precursoras de la literatura ensayística sobre los problemas económicos y sociales de Chile a lo largo de la República. Juan Egaña, (1768-1831), representante del catolicismo ilustrado, cultivó el ensayo filosófico. A la par de su conocimiento de los filósofos griegos y de los padres de la iglesia cristiana, acogió innumerables ideas de los filósofos franceses del siglo XVIII. En su trabajo "Ocios filosóficos y poéticos", en la parte titulada "Conversaciones filosóficas", discute problemas de orden metafísico, educacional y político, y resulta como un ensayo de condensación de sus concepciones filosóficas y políticas. El profesor Inostroza esboza en las páginas 65-75 una síntesis de su variado quehacer ideológico, a menudo lindante con el utopismo.

Durante el proceso mismo de la emancipación algunos documentos célebres poseen el carácter de verdaderos ensayos políticos. Así sucede con el "Catecismo Político Cristiano", primera manifestación coherente y valerosa del pensamiento político chileno. De autor desconocido, se redactó en el invierno de 1810, con el fin de estimular a la formación de una Junta Nacional de Gobierno. Entraña una crítica certera y ruda de los males del sistema colonial y una formulación aguda de la actitud que debían afrontar los patriotas ante la situación anómala de la monarquía española. Por otra parte, varios de los escritos de fray Camilo Henríquez, (1769-1825), director de "La Aurora de Chile", (12 de febrero al 1º de abril de 1813) y de "El Monitor Araucano" (abril de 1813 a septiembre de 1814), empezando por su famosa proclama de 1811, (bajo el pseudónimo de Quirino Lemachez), coinciden con las características del ensayismo filosófico-político.

En un capítulo especial registra los nombres más sobresalientes de aquella generación de educadores, cuya alta misión se tradujo en la preparación de una selecta falange de escritores la famosa generación de 1842. Brillan maestros como Andrés Antonio de Gorbea, José Passamán, Carlos Ambrosio Lozier, Juan Antonio Portés, Hipólito Beauchemin, José Joaquín de Mora, Andrés Bello, Simón Rodríguez, Antonio Vendel-Heyl, Lorenzo Sazie, Ignacio Domeyko y tantos más. Renovaron los contenidos y los métodos de la enseñanza, diversificaron y extendieron los conocimientos, influyendo en las reformas posteriores que permitieron la organización moderna de las ramas primarias, colegial (secundaria) y superior, (fundación de la Universidad de Chile), de la educación nacional.

Entre los maestros chilenos cita en forma especial a Ventura Marín, (1806-1877) y José Miguel Varas, (1807-1833), y, más tarde, Ramón Briseño, (1814-1910). Ventura Marín dejó un ensayo filosófico: "Elementos de la filosofía del espíritu humano"; J. M. Varas escribió "Lecciones elementales de moral", y junto con V. Marín, "Elementos de ideología"; y Ramón Briseño redactó su "Derecho natural o Filosofía del Derecho". Son buenos ensayos en el campo de la literatura didáctica de elevado rango.

Entre los profesores extranjeros, abrió una profunda huella José Joaquín de Mora, (1783-1864), (y su esposa doña Francisca Delauneux, insigne educadora), no obstante su estadía de sólo tres años. Sus lecciones cultísimas, de espíritu liberal, se grabaron en el espíritu de sus jóvenes discípulos de manera indeleble. Simón Rodríguez, (1771-1854), el ilustre profesor de Simón Bolívar, educador auténtico y viajero empedernido, vivió un decenio en Chile, entre 1832 y 1842, en Concepción, Santiago y Valparaíso. Aquí, en nuestro país, publicó su "Tratado sobre las luces y virtudes sociales"*, y reimprimió su "Sociedades americanas en 1828", aparecida primeramente en Arequipa. Simón Rodríguez es un pensador audaz y desconcertante, tanto por la originalidad de sus ideas como por su forma extraña, arbitraria, de presentarlas. Pero, por encima de todo, brilla su incansable actividad educacional. El profesor Inostroza fija su silueta, en algunos rasgos esenciales, en siete páginas, (las 84 a 91). Andrés Bello (1781-1865), venezolano-chileno, es uno de los más eminentes pensadores hispanoamericanos y su obra es incomparable. En las páginas 93-106, el profesor Inostroza analiza su formación, en Venezuela e Inglaterra, su arribo a Chile, su largo magisterio y su inmensa producción escrita. Se detiene en sus concepciones sobre la educación y su rectorado de la Universidad de Chile. A continuación lleva a cabo una justa apreciación de su pensamiento filosófico, formado por el estudio de Bacon, Descartes, Locke, Berkely, Condillac, los utilitaristas ingleses desde Bentham a James Mill. Sus inquietudes filosóficas las condensó en su libro "Filosofía del entendimiento". Se demuestra ecléctico y tiende a una especie de "realismo espiritualista". Representa una transición entre el tradicionalismo y las nuevas ideas de su época.

El año 1842 abrió una época o etapa de formidables proyecciones en el desenvolvimiento intelectual de Chile. La publicación de revistas y periódicos, la presencia activa de una pléyade de jóvenes hispanoamericanos, con predominio de los argentinos (principalmente Domingo F. Sarmiento, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi), quienes ayudaron a sacudir el ambiente amodorrado imperante; el funcionamiento de la Universidad de Chile; las enseñanzas de maestros eminentes, españoles y franceses; la gravitación del romanticismo y de las revolu-

(*) Valparaíso, Imprenta El Mercurio, 1840.

ciones liberales francesas, provocaron "el despertar de los espíritus", a través de actividades literarias, de polémicas por la prensa, y de escritores juveniles.

En la generación nacida al calor de las polémicas de 1842, el ensayo filosófico-social tiene sus más altos representantes en Francisco Bilbao, (1823-1864); Santiago Arcos, (1822-1874); Jenaro Abasolo, (1833-1884), y Justo Arteaga Alemparte, (1834-1881). Figura aparte, como maestro y líder, José Victorino Lastarria, (1817-1888).

Su semblanza de Bilbao, (páginas 115-126), incorpora los datos indispensables de su noble existencia y describe con claridad las facetas más coherentes de su pensamiento. Discipulo de Andrés Bello, por quien siempre manifestó un profundo afecto y sincera veneración, se radicó por largos años en Francia, y ahí se compenetró de los escritos de Rousseau, Lamennais, Michelet y Quinet. Alternó regularmente con Lamennais y Quinet. Bilbao exhibe un pensamiento metafísico y utópico, de profeta y soñador; como escritor resulta confuso y obscuro. En cambio fue un estupendo orador. Sin duda, su credo libertario y su actitud de rebeldía contra los dogmas y las injusticias, confirió a su personalidad un atrayente carisma, que no ha podido ser menoscabado por sus tenaces enemigos, conservadores y sectarios. Bilbao se rebeló contra el pasado colonial hispánico, por asimilarlo a esclavitud y retraso. Tomó como modelos a Francia, Inglaterra y Estados Unidos para afirmar su devoción republicana y democrática y tratar de abrir un nuevo camino de igualdad, libertad y progreso. Al combatir el espíritu feudal de la Colonia culpa al catolicismo de haber formado la conciencia absolutista, defensora del despotismo y la reacción. Como dice el profesor Inostroza "según Bilbao, los gobiernos, después de la Independencia, no trataron de poner en práctica el principio de igualdad y no contaron con el apoyo del pueblo. Creía poder llevar a cabo la renovación espiritual por medio de la educación, despojando a las conciencias de la tradición española que era, según él, símbolo de esclavitud". Bilbao ataca lo español en cuanto aparece ligado al catolicismo dogmático y fanático; pero también se levanta contra Francia, donde se encuentran las fuentes ideológicas de su vida, cuando esa potencia amenazó la república y la libertad de México. En su escrito "La América en peligro", (1862), clama por una resistencia solidaria contra la invasión, degradante para las naciones americanas, y repudia el servilismo espiritual impuesto por Francia y, en general, Europa, a Hispanoamérica. (Por otro lado, ya en 1856, en su ensayo "El congreso normal americano", había propuesto un "congreso federal de las repúblicas" para lograr la unión de los "Estados Des-unidos de la América del Sur", con el objeto de impedir cualquier dominación foránea y defender con éxito los principios democráticos y republicanos). En su libro "El evangelio americano", (1864), intentó exponer la filosofía popular del derecho y de la historia americana. Para Bilbao, el fondo, la esen-

cia del verdadero gobierno debe ser la libertad; y la forma, su organización, ha de ser la igualdad. Expuso muchas medidas concretas con el propósito de realizar la democracia. Entre otras, la separación de la Iglesia y el Estado, la institución del matrimonio civil, la enseñanza de la moral universal en las escuelas, como sustituto del dogma religioso, la generalización del derecho a voto, la extensión de las libertades individuales...

El profesor Inostroza recuerda un discurso pronunciado por Bilbao en noviembre de 1858, al abrir sus sesiones el Liceo Argentino de Buenos Aires, en el cual analizó algunas de las grandes concepciones de la filosofía de la historia y criticó las doctrinas de Bossuet, Vico, Hegel y Cousin, porque dieron vida a sistemas cerrados, providencialistas, causantes de la justificación del éxito, de la adoración de la fuerza, de la veneración de todos los malvados "que se han enseñoreado de los pueblos, pero con la condición de que hayan sido grandes en el mal". En cambio, a juicio de Bilbao, la ley de la historia se reduce a "la conquista de la libertad en la conciencia, en los hechos, y en la universalidad de los hombres".

Santiago Arcos, educado en París, era un conocedor de la literatura socialista en boga y admirador de Saint-Simon, Owen, Blanc, Proudhon y Fourier. A éste le denomina "el coloso intelectual del siglo XIX". Se distinguía como un hombre de variada cultura, de ingenio brillante, rápido; escritor novedoso, concreto y preciso; agitador y organizador. Su obra política, en su breve estada en Chile, se redujo a su participación en el Club de la Reforma, en torno al cual se formó el nuevo Partido Liberal; y a la fundación de la Sociedad de la Igualdad, organismo popular y democrático, de avanzada social, con una vibrante existencia entre los meses de abril y noviembre de 1850. Desapareció por una supresión drástica ordenada por el gobierno.

A fines de 1850 apareció su trabajo "La contribución y la recaudación", prolongado por Bartolomé Mitre. Lo escribió con el propósito de exponer un proyecto de racionalización de los impuestos; mejorar la situación de los pobres y eliminar la desigualdad social, o sea, implantar un sistema realmente democrático. Arcos reconoce la existencia de clases sociales antagónicas y la desigualdad de las condiciones mantiene entre los ciudadanos una guerra incesante, provocando un odio y una inquietud generalizados. Ataca a las aristocracias privilegiadas y a la monarquía porque oprimen al pueblo y tratan de hacerlo pagar cuanto sea posible. En cambio, defiende la democracia, porque es la forma de gobierno donde el poder está en manos de todos. En la democracia no hay personas ni clases privilegiadas y, por tal razón, presenta "una sociedad más adelantada, más feliz, más fuerte". En 1852 se le desterró definitivamente del país. Mientras se encontraba en la cárcel escribió su famosa "Carta a Francisco Bilbao". En ella somete a implacable crítica la realidad económica, social y política de Chile. Subraya la

profunda desigualdad imperante, el atraso y el fanatismo, y, a la vez, condena a los partidos conservador y liberal por ser ambas expresiones de los intereses de la clase propietaria, totalmente ajenos a las necesidades de los pobres. Propone la explotación y reparto de los latifundios entre los desheredados y la constitución de una nueva agrupación política republicana y democrática, como vehículo de las aspiraciones de las multitudes laboriosas y del progreso de Chile. El país no será próspero y justo mientras no se haga efectiva en sus instituciones la consigna de Pan y Libertad para todos.

Aunque Arcos es dueño de un pensamiento social y político más avanzado y radical que el de Bilbao, ambos agitadores se complementaron en su actividad en Chile y hablaron un lenguaje común, democrático y socialista, pero tal vez, como lo ha afirmado Leopoldo Zea, (en su trabajo "Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo"), era "un socialismo romántico e individualista, un socialismo burgués".

Jenaro Abasolo, ingeniero civil, es un pensador original, admirador de Bilbao y de Lastarria, conocedor del positivismo francés y, también, de los principales filósofos alemanes. Entre sus obras inéditas quedaron ensayos sobre Kant, Fichte, Schelling y Hegel. El profesor Inostroza lo enfocó certeramente y esboza una excelente semblanza ideológica del curioso pensador en las páginas 128-139.*

Según Abasolo, le corresponde al hombre americano hacer su propia obra, porque actuar y pensar bajo el modelo europeo es renunciar a su destino propio. En todo se copia a Europa y por eso no sale de la América Hispana una palabra nueva, alguna idea o iniciativa atrevida. Es preciso elevar y perfeccionar la individualidad humana; pues el nuevo mundo espiritual debe consistir en el ideal aplicado como conciencia y como ley. Es preciso libertar a la idea de las condiciones orgánicas y elevarla al imperativo de justicia y de fraternidad. En América del Sur junto con desarrollar esta nueva individualidad hay urgencia de impulsar las energías latentes de su personalidad. Los americanos deben ser ante todo americanos; deben buscar la originalidad y ser un verdadero nuevo mundo. En su libro más importante: "La personalidad política y la América del porvenir", publicado por sus hijos en 1907, expone sus concepciones, con gran riqueza

(*) En mi libro "Los precursores del pensamiento social de Chile", indiqué que las obras inéditas de Jenaro Abasolo, descrita por su hija Flora Abasolo, se habían extraviado. Por suerte no ha ocurrido así. La mayor parte de ellas se encuentran en poder del escritor Marcelo Segall, y otra porción está en manos de su descendiente, el doctor Jorge Abasolo S. Además de sus estudios sobre filósofos alemanes dejó un interesante Diario. Se hacen gestiones para conseguir su publicación íntegra.

de ideas. Se demuestra republicano y demócrata, pero su comprensión de la democracia es curiosa, porque la somete a algunas limitaciones. A su entender el sufragio no puede ser dado al populacho servil e ignorante, sino a los individuos capacitados, con un verdadero amor al pueblo. A la aristocracia de la familia, o nobiliaria, y a la aristocracia de la riqueza debemos oponer una aristocracia de la competencia, del saber y de la virtud. Pienso que si diera derecho a voto únicamente a la parte selecta del pueblo, dominarían en la República los hombres de elevado espíritu y de corazón generoso, al servicio desinteresado de todo el pueblo, en vez de imponerse los financistas, los usureros y los ricos.

Entre sus medidas concretas para dar vida a un régimen justo y progresista, aconseja la formación de una clase de pequeños propietarios y así evitar la explotación de la clase trabajadora; entre las injusticias sociales le irrita particularmente el poderío del latifundista, quien ha formado su fortuna mediante falsificaciones y sobornos y, en cambio, defiende a los pequeños y medianos agricultores; propone la separación de la iglesia y el Estado; la enseñanza obligatoria sin catecismo (precisamente, admira a Lastarria y lo proclama el primero de los políticos modernos en Chile, pero le critica el haber aceptado el errado principio de que la instrucción no debe ser obligatoria, porque no se debe violar la libertad individual ni aún para hacer el bien. Abasolo sostiene lo contrario: debe obligarse a los ciudadanos a aceptar la instrucción obligatoria, con el propósito de que se vuelvan seres inteligentes y responsables, ciudadanos capaces de cumplir con sus deberes y en la escuela se debe hacer confraternizar a los niños pobres y ricos, en una patria sin castas ni privilegios). Abasolo es enemigo de la enseñanza abstracta, académica. Propone una enseñanza básica que le sirva al joven para la vida; los estudios elevados quedarían para los espíritus mejor dotados, deseosos de perfeccionarse; por otra parte, sugiere la instalación de planteles donde se dé importancia a las ciencias, y otros dedicados al estudio preferente de las artes y las letras en general. En todo el sistema educacional rechazar los métodos pasivos, porque lo más valioso es estimular al alumno a dar de sí todo lo que puede. En la Universidad, los alumnos "deben adquirir una idea general o una visión amplia de todas las ciencias, para lo cual es menester dar gran importancia al estudio de la filosofía de las ciencias, a fin de evitar el aprendizaje exclusivo de una especialidad, que a la larga esteriliza y fatiga a un talento tanto más cuanto más poderoso es".

Al analizar la personalidad de América y comparar la del norte y la del sur, atribuye el atraso de esta última a su origen hispánico, a sus instituciones añejas y caducas. Como los liberales del siglo XIX, Bilbao, Lastarria..., es antiespañol. Para superar su lamentable estado económico y

social, es partidario de la confederación de la América latina, con un poder central, bajo el cual estarían subordinados todos los países. La unión de Hispanoamérica permitiría su engrandecimiento y su bienestar, la resistencia y rechazo de cualquier invasión de las potencias extracontinentales; se resolverían las cuestiones de límites en forma pacífica y se evitarían las dictaduras militares, desvirtuadoras del régimen republicano democrático.

Para Abasolo, el gobierno popular es el más apto para producir hombres de abnegación y de talento verdadero; el único resuelto para impedir a los tiranos. Las limitaciones propuestas al derecho de sufragio las insinúa como una manera de impedir la perversión práctica de la forma democrática, a causa de la ignorancia terrible del pueblo bajo. En lo religioso, es detractor decidido del catolicismo; es racionalista y no acepta los dogmas; reconocía en Cristo el lado más bello de la verdad, pero no la verdad completa, y combatía a la Iglesia Católica "porque veía en ella un aliado del despotismo y una traba para su concepto de libertad". Por otra parte, "su espíritu creyente en Dios no puede tolerar el positivismo y critica la ley de los tres Estados de Comte sosteniendo que la ciencia experimental viene formándose desde los tiempos prehistóricos, que el sentimiento religioso se perfecciona y se engrandece hasta tener la estatura colosal de un Laménnais, y que a la vieja metafísica de la Edad Media sucede una metafísica regenerada y poderosa. Las doctrinas positivistas para Abasolo son vanas y sin verdades: vanas, porque su erudición versa sobre cosas que no engrandecen el alma sensible, y sin verdades, porque son incapaces de elevarse a la idea de lo infinito y de lo eterno que son los caracteres de la verdad".

En resumen, la personalidad americana puede alcanzar un nivel superior "mediante el desarrollo de una educación apropiada y el cultivo de los principios de la moral y la justicia. El americano debe buscar la originalidad en literatura, en ciencias, en política, para lo cual debe romper con el pasado, con la tradición, con lo caduco. No le concede participación en política al "papelacho que grita y vocifera". El verdadero pueblo es el que está dotado de virtud y de talento. El único medio de elevar la masa al rango de pueblo y de nación consiste en impulsar las energías latentes de su personalidad. Mientras tanto, hay que formar una minoría selecta que sea capaz de dirigir a la masa por el camino del bien y del progreso".

El profesor Inostroza al comparar a los tres pensadores reseñados, expresa: Abasolo "como Arcos, aconsejaba la formación de pequeños propietarios para evitar la explotación de la clase trabajadora. Como Bilbao, le asignaba a la educación una trascendental importancia, y pensaba que por medio de ella se podía llevar a cabo la transformación social que anhelaba. Como Bilbao, como Lastarria y como Arcos, rechazaba el pasado colonial, culpándolo del atraso en que estaba sumida la América

latina. En Abasolo hay más sistematización, mayor orden en las ideas que en Bilbao. Aunque idealista, metafísico y soñador como éste, es, sin embargo, más concreto en sus afirmaciones y llega a conclusiones más precisas".

Justo Arteaga Alemparte es autor de ensayos vigorosos en los cuales critica la sociedad y las instituciones. Conquistó merecida fama como redactor en "El Ferrocarril", entre 1859 y 1866, y en 1871 a 1877. Fundó "La Libertad" y sostuvo su periódico desde fines de 1866 hasta 1870. Acometió la empresa de sacar "Los Tiempos", que circuló de fines de 1877 hasta comienzos de 1882. Junto con su hermano Domingo Arteaga Alemparte dejó una obra clásica en la literatura chilena: "Los constituyentes de 1870", galería magistral de retratos y semblanzas de los componentes del congreso nacional de ese año.

En su periódico literario "La Semana", (mayo de 1859 a junio de 1860) publicó numerosos ensayos políticos y sociales, notables por su contenido ideológico y por su esmerada forma literaria. Asimismo redactó su pequeño periódico personal: "Diógenes", nutrido de observaciones agudas, pensamientos y reflexiones originales sobre personajes y sucesos de la política patria. Escribió también varios folletos. Dos poseen alto mérito: "La España moderna" y "La alianza fantástica", aparecidos en 1866, en torno a la amenaza monarquista en contra de Chile y de Hispanoamérica.

En esos opúsculos acuña juicios de permanente valor. Así, por ejemplo, respecto de la situación política de la madre patria escribe: "Gobernar es en España tener siempre un fusil apuntado contra el pueblo". (En este siglo, a partir de 1939, es el sistema vigente en ese país). En cuanto al creciente poderío yanqui emite estas acertadas consideraciones: "La raza norteamericana está fatalmente condenada a ser dominadora. Su temperamento se resiste a admitir los iguales, los amigos; sólo comprende los siervos o los enemigos... Extermina todo lo que le resiste. Es preciso ceder o caer, abdicar o morir. Es una raza que tiene algo de la inundación: fecunda, pero ahoga".

El profesor R. A. Inostroza estudia extensamente a los dos representantes más notables del positivismo en Chile, los escritores José Victorino Lastarria (1817-1888), y Valentín Letelier (1852-1919); y al ilustre pensador portorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903), vinculado a Chile en dos períodos de su existencia, (en el segundo permaneció diez años y llegó a ser rector del liceo Miguel Luis Amunátegui).

En esta parte de su interesante trabajo se echa de menos la figura de otro positivista de relieve, Juan Serapio Lois, (1844-1913), autor de una obra de categoría en la literatura de influencia comtiana en nuestro país, sus "Elementos de Filosofía Positiva", de la que apareció una segunda edición en dos volúmenes en 1906.

En cuanto a los positivistas ortodoxos, menciona a los hermanos Jorge Lagarrigue (1854-1894), propagador fervoroso de la religión de la humanidad; Juan Enrique La-

Error

An error occurred while processing this page. See the system log for more details.

examen de la concepción de Comte partió a Alemania, donde permaneció tres años. Hizo fecundas observaciones, sobre todo en el campo de la reforma educacional. Aquella estada en Alemania le condujo a dedicar una parte considerable de su actividad y de sus desvelos a la elaboración de una concepción moderna de la enseñanza y a la implantación en Chile de un sistema educacional de acuerdo con sus principios científicos y los adelantos logrados en los países cultos de Europa.

En 1892 apareció su obra magna: "Filosofía de la Educación". En ella verifica una severa crítica a la enseñanza tradicional o clásica, mezcla de principios teológicos y metafísicos, y propugna una educación científica, concebida como una función social orientada a satisfacer las necesidades de nuestro tiempo; y la única que encierra una sola verdad, porque para ella no tiene validez sino los fenómenos susceptibles de ser comprobados por la observación y la experiencia. Las verdades científicas son valederas en cualquier parte de la tierra y para cualquier individuo. Con las verdades científicas no son posibles los sectarismos de ninguna especie. Por otra parte, la ciencia, según Letelier, lleva a cabo una acción moral al eliminar toda superstición, causa de los peores males de la Humanidad. Por ello es indispensable librar, separar, la moral de la teología.

La moral positiva, basada en los conocimientos científicos, basta para servir de eficaz guía de conducta en las relaciones naturales de la sociedad.

En un plan de estudios bien concebido deben contemplarse las diferentes ciencias y también las artes útiles, de aplicación práctica, en relación con las necesidades impuestas por el medio donde el individuo actúa. Además, respecto de la instrucción especial, debe impartirse primero al joven una instrucción general antes de llevarlo a una temprana especialización. Porque una especialización exagerada, despojada de toda instrucción general, no puede producir sino hombres egoístas, incapaces de interesarse en algo desprovisto de lucro, de pronto enriquecimiento. Respecto de la Universidad, ha de "hacer ciencia" y debe poseer una completa libertad, tanto para realizar sus investigaciones científicas como para mantenerse ajena a todo credo político o religioso. Su función es doble: docente y social. Docente, porque en sus aulas se forman los profesionales; social, porque cada individuo modelado en ella da después un nuevo impulso a la sociedad, gracias a la "eficiencia social" adquirida en su seno. La Universidad da origen a una élite, a una "aristocracia espiritual, por cuanto corona la capacidad, el talento y la virtud".

Otro de sus grandes libros es "La evolución de la Historia", aparecida en 1900. Aquí rechaza la explicación de los hechos históricos por la intervención de fuerzas divinas, la providencia, como lo sostenía Bossuet. En cambio dedica atención a la concepción de Condorceo, a su teoría del progreso; y a las de Montesquieu y Buckle.

En general, se afana por tratar los hechos históricos desde un punto de vista científico.

Valentín Letelier llevó a cabo, también, una intensa actividad política en el seno del Partido Radical. Se preocupó por estudiar el fenómeno de la aparición de la clase obrera en demanda de reivindicaciones propias, y dando vida a colectividades populares. Publicó una monografía sobre el tema: "Los Pobres", y luchó porque su agrupación política, el Partido Radical, se hiciera portavoz de reformas sociales en favor del proletariado, abandonando su rígido individualismo. En ese intento polemizó con el famoso orador Enrique Mac-Iver.

Bilbao, Arcos, Lastarria, Abasolo y Letelier han influido en muchos escritores, filósofos-sociales, cuya obra se desarrolló en la primera mitad del siglo XX. El pensador y educador Enrique Molina (1871-1964) ha destacado la importancia del ideario de Letelier en su primera formación filosófica y sociológica; asimismo se aprecia en Ramón Briones Luco (1872-1949), político radical, autor de "Origen del matrimonio y del divorcio", (saludada con gran entusiasmo por Letelier cuando apareció en 1902); en Alejandro Venegas Carús, (1871-1922); Roberto Espinoza, (1869-1931); Pedro Aguirre Cerda, (1879-1941); Tancredo Pinochet Lebrún, (1879- ?); Luis Galdames, (1881-1941); Darío E. Salas, (1881-1941); Agustín Venturino. (*)

(*) Respecto de Agustín Venturino no he podido fijar las fechas de su nacimiento y de su muerte. Inició su carrera de publicista con "El Radical", en 1912, quincenario sociológico impreso en Santiago. A continuación sacó a luz "La Educación", en 1914, órgano de la Escuela y Biblioteca Lois, de Iquique. Entregó un par de ensayos sobre la obra y la personalidad de Juan Serapio Lois, y varios opúsculos en torno a la presencia e influencia de los ingleses, franceses e italianos en Chile. Llevó a cabo, a lo largo de muchos años, viajes por los distintos países de América y por España. Entre 1927 y 1935 aparecieron sus grandes obras sociológicas: "Sociología primitiva chilindiana con comparaciones mayas, aztecas e incásicas", Barcelona, 1927; "Sociología primitiva chilindiana. La conquista de América y la guerra secular austral", Barcelona, 1928; "Sociología chilena con comparaciones argentinas y mejicanas", Barcelona, 1929; "Sociología general americana. (Estudio experimental hecho en 15 países del continente)", Barcelona, 1931; y "Sociología general: la interdependencia", La Coruña, 1935.

Agustín Venturino fue un sociólogo viajero, y para conocer sus andanzas, sus observaciones y la repercusión de sus teorías, son muy útiles su extensa nota explicativa inserta en el primer volumen de su "Sociología chilindiana", páginas 5-12; y su aclaración colocada en su "Sociología general", páginas 13-22. En ellas suministra detalles de su periplo investigativo por los países de América, España y Portugal; su paso como conferencista por veinte universidades del continente y de Europa; sus múltiples relaciones intelectuales con profesores, rectores y gobernantes; informa-

El doctor Nicolás Palacios, (1854-1911), admiró las obras de Lastarria y Letelier, aunque se dejó avasallar por los pensadores racistas europeos; Francisco A. Encina, (1874-1965), fue discípulo de Letelier y en su juventud se expresó favorablemente de sus ideas y de sus enseñanzas, y algún eco se encuentra en sus obras sociológicas: "Nuestra inferioridad económica" y "La educación económica y el liceo". Más tarde, de paso, en su caudalosa "Historia de Chile" se refiere respectivamente al ilustre pensador. Asimismo se advierte su influencia en Alberto Cabero, (1874-1955).

Los pensadores señalados dejaron hondas huellas en los ensayistas liberales como Luis Arrieta Cañas (1861-1961), quien se dio a conocer con un discurso sobre Lastarria, en sus funerales; Ricardo Dávila Silva, (1873-1960), y Valentin Brandau, (1886-1960).

En cuanto a las omisiones de consideración apuntadas en la obra del profesor R. A. Inostroza, merecen una referencia especial: Rafael Fernández Concha, (1832-1912); Juan José Bruner, (1825-1899); Pedro Félix Vicuña, (1805-1874); Martín Palma, (1821-1884), y Eduardo de la Barra, (1839-1900).

Rafael Fernández Concha, abogado, parlamentario, escritor y miembro de la Iglesia Católica, presenta el punto de vista católico ortodoxo en cuestiones filosóficas, sociológicas, educacionales y políticas. Dejó dos obras importantes: "Del hombre en el orden psicológico, en el religioso y el social" y "Filosofía del Derecho o Derecho natural" (con moderna edición, en dos volúmenes, y prólogo de Jorge Iván Hübner, en la Editorial Jurídica, en 1960). La obra de Fernández Concha requiere un estudio serio, porque supera a las obras ocasionales de otros miembros, (por ejemplo, en los problemas educacionales planteó la posición católica en dos intervenciones extensas en la Facultad de Humanidades el sacerdote Joaquín Larrain Gandarillas, y en diversos discursos el político Abdón Cifuentes, quien, además, llevó a cabo una aplicación práctica de tales postulados; Zorobabel Rodríguez, periodista, hizo otro tanto junto con atacar a Bilbao en una diatriba conocida; en el plano literario, siguió sus normas el crítico Pedro Nolasco Cruz; en las cuestiones sociales, Juan Enrique Concha, autor de "Cuestiones obreras", de 1899, y "Conferencias de economía

ciones sobre sus teorías y obras en diarios y revistas; y reproduce fragmentos de juicios y especialistas europeos y norteamericanos acerca de sus volúmenes publicados.

En la mayor parte de sus actuaciones fue ayudado por su esposa doña Alicia Lardé, escritora salvadoreña. Su "Sociología General" fue prologada por el profesor universitario francés, Gastón Richad, Presidente de Honor del Instituto Internacional de Sociología, de París. Sus libros han merecido referencias calificadas en diversos manuales de Sociología. Agustín Venturino es acreedor de un estudio serio por parte de los especialistas chilenos, que rompe el silencio sobre su curiosa y densa producción sociológica.

social", de 1918; y en época reciente, con un criterio moderno, el sacerdote Guillermo Viviani, sociólogo de calidad, en diversas obras, pero, en especial, en su notable "Sociología Chilena. Nuestro problema social", de 1926. En lo filosófico, el más alto exponente, en nuestra época, ha sido Clarence Finlayson, (1913-1954) (*).

José Juan Bruner es un pensador alemán que se radicó en Chile y durante cincuenta años desempeñó una amplísima labor profesional y cultural. Estudió medicina en su país de origen y formó parte de una misión científica alemana enviada a Nueva Zelanda, Oceanía y costa occidental de América del Sur. Llegó a Valparaíso en 1848. Se trasladó a La Serena y ahí se casó con Carmen Escobar Rey de Castro. Pasó a Santiago, ejerció de médico e hizo carrera universitaria. Creó una nueva escuela de homeopatía y obtuvo un premio en Madrid por su trabajo "El organismo humano en frente de la naturaleza circundante", publicado en aquella ciudad en 1863.

J. J. Bruner era un liberal, de la derecha democrática hegeliana, defensor de la cien-

(*) Clarence Finlayson nació en Valparaíso y se suicidó en Santiago. Sus padres eran de origen escocés. Estudió Filosofía en el I. P. de la Universidad de Chile. En 1939 obtuvo una beca en la U. de Notre Dame, de los EE.UU. y a partir de esa época enseñó y dictó conferencias en diversas universidades norteamericanas, en México, Panamá, Colombia y Venezuela. Es un notable filósofo, continuador vigoroso y original del sistema aristotélico-tomista. Al desarrollar el tomismo logró aportes considerables a su cuerpo doctrinario. Escribió: "Aristóteles y la filosofía moderna", 1936; "Analítica de la contemplación", 1939; "Dios y la Filosofía y el problema de Dios", 1939; "Intuición del ser o experiencia metafísica", 1939; y "Hombre, mundo y Dios". También se demostró un profundo crítico literario en sus estudios sobre Gabriela Mistral, Pablo Neruda y otros grandes poetas. Para C. Finlayson, la persona no se manifiesta como algo acabado, sino como un conjunto de virtualidades, indispensables de desarrollar, y cuyo objetivo es el infinito: "el hombre es un ser trascendente que constantemente huye de su propia limitación". Dios es el fin del hombre y es imposible entenderlo sin relacionarlo con el Ser Supremo. Fue un brillante pedagogo, un educador. La educación es imprescindible para el perfeccionamiento del hombre. Rechazaba una concepción puramente pragmática y una excesiva especialización. Defendía los valores espirituales del hombre, por eso "la falta de una visión universal en la educación es el gran error o pecado de la educación contemporánea. El estudiante y el profesional tienden a la especialización desmedida. La única profesión que no se practica es la profesión de hombre". Desde Alonso de Briseño, el primer pensador chileno, comentarista original de Duns Scoto, hasta Clarence Finlayson, profundo pensador aristotélico-tomista, de esta época, existe una línea filosófica católica de innegable interés, no estudiada ni siquiera por sus adeptos.

cia, de la razón, del progreso, de la libertad de pensamiento y de la igualdad ante la ley. Trató de darle una forma moderna a la medicina; defendió la enseñanza del latín, (él dominaba diez idiomas), junto a su amigo Justo Florián Lobeck, humanista, catedrático en la U. de Chile. Escribió artículos en el diario arzobispal "El Independiente".

Según el escritor Marcelo Segall, el pensamiento filosófico de Bruner, expuesto en dos obras importantes: "La Substancia inmortal del organismo humano", 1879; y "La experiencia y la especulación", 1886, posee relativa originalidad al aportar un punto de vista nuevo, casi metodológico, dentro de la escuela hegeliana. Creó un matiz entre kantiano y leibniziano de la dialéctica hegeliana, que denominó substancialismo, especie de vitalismo hegeliano. (*)

Su pensamiento converge al ciclo dialéctico de la idea-razón hegeliana, pero modificado por sus convicciones científicas y por sus conceptos de "substancialismo". Múltiples veces explica con la idea la razón, se materializa en la naturaleza y se aliena en el hombre para así tomar conciencia de sí misma y llegar a ser la idea absoluta, la razón absoluta, el espíritu absoluto.

Tanto su cristianismo como sus convicciones de histólogo experimental lo empujaban a pensar en una substancia divina y en una substancia biológica. Expresamente declara: "El substancialismo no tiene nada que hacer con aquel materialismo craso que toma la materia inconsciente por causa de la inteligencia y que niega la inteligencia divina como la causa prima y única del universo". En su obra sistemática "La materia y la especulación" trató de fijar el rol de la substancialidad en la delimitación entre ciencia y filosofía, o sea, entre la experimentación pura y la especulación filosófica. Trató de evitar que su substancialismo se confundiera con la tesis materialista y, a la vez, no se le redujera a una simple divagación espiritualista o una teología. La posición de Bruner tiene dos aspectos centrales: el finalismo divino —la organización de la naturaleza está programada— y la aceptación del evolucionismo darwiniano. Se podría

establecer cierto parangón con Teilhard de Chardin por su finalismo evolucionista, es decir, ambos tendrían un común denominador: la aceptación del cambio biológico unido a "la hipótesis del Creador".

Aunque cada día es más discutible el finalismo —la substancia divina motora—, y más válido el evolucionismo, la posición intermedia de Bruner es interesante y, para su tiempo, significa un avance en el campo de las ideas.

Existen otros casos similares al de J. J. Bruner, de pensadores germánicos que se radicaron en Chile y entregaron obras calificadas, conquistándose un sitio de excepción en el pensamiento nacional. Son los de Guillermo Mann, (1874-1948), autor de un excelente ensayo: "Chile luchando por nuevas formas sociales", en 2 vols. en 1936, y del sabio George F. Nicolai (1875-1964), quien escribió en nuestro país varias de sus obras y, entre ellas, su formidable tratado polémico: "La Miseria de la dialéctica", en 1940.

Pedro Félix Vicuña, hombre de empresa y liberal de convicciones arraigadas, publicó en 1858, en Valparaíso, su curioso libro: "El porvenir del hombre", merecedor de una atención reparadora. Advierte peligrosos síntomas de disolución social: egoísmo, inmoralidad, impotencia del sentimiento religioso para contener el desborde de los vicios, los cuales son festejados si nacen de la opulencia y concentración cada vez mayor del individualismo. Tales defectos concluirán con la actual sociabilidad humana, si no se les remedia, por cuanto ésta sólo puede mantenerse o restablecerse por la armonía de todos sus asociados, garantizada por derechos aceptados y reconocidos. El general desorden social explica el florecimiento de innumerables doctrinas reformistas y de las utopías que plagan la tierra proponiendo soluciones variadas a la triste condición de nuestra especie. La dominación de los ricos, cuyo móvil más activo es la usura, y su unión al despotismo para sostener su posición, ha desencadenado la agitación del pueblo, en una acción continua, pública y privada, y cuyo grito de guerra son el socialismo y el comunismo. A juicio de P. F. Vicuña, los trastornos de la sociedad y la marcha hacia la revolución se deben a los abusos de la propiedad y del capital, porque han conducido al pueblo al pauperismo y a la degradación. Desgraciadamente, el hombre ama más sus intereses y elevación social que la vida misma, por lo cual el trabajo del hombre es anulado por la competencia establecida por el capital y la propiedad. El hombre ha sido hasta hoy valorizado por el interés personal, la codicia, la ambición y la tiranía. El autor pretende en su libro exponer los principios por medio de los cuales, y en adelante, se lo valore la sola ciencia. Y ésta reconoce al trabajo como la causa y origen de todo lo que posee algún valor. Siendo el trabajo el productor de la riqueza, él debe absorber la principal atención de los gobiernos. Precisamente, para P. F. Vicuña, la democracia no es sino la exacta apreciación del trabajo. La democracia, "sin la apreciación exacta del

(*) Este resumen de las concepciones de J. J. Bruner está hecho sobre la base de los estudios de Marcelo Segall, y en especial, de su ensayo "José Juan Bruner y su tiempo", aparecido en la revista "Humboldt" N° 37, de 1969. Segall es un investigador de inagotable curiosidad intelectual y muy erudito en todo lo relacionado con el desarrollo económico-social y el movimiento de las ideas en Chile. Ha realizado notables "excavaciones históricas" sobre el tráfico de cuñes; del sistema de "fichasalarario" en las diversas faenas de la producción nacional; en torno al paso por Chile de "quarante-huitards" y "communards"... Asimismo, ha estudiado pensadores casi desconocidos en las esferas académicas, como Abascio, Bruner y otros, y ha detectado las más leves huellas hegelianas en el quehacer filosófico chileno.

trabajo, y sin la justa retribución de lo que él produce, no es más que una forma política, pero jamás una realidad. Las naciones vivirán siempre en esta oscilación revolucionaria, necesidad de su presente condición, inspiración de su espíritu de mejora y de progreso, mientras el brazo del pueblo no produzca lo que necesita, para salir de la deplorable situación a que lo ha reducido la propiedad territorial y el capital. Esto no puede dejarse a las combinaciones individuales. Entre las clases que hoy componen nuestra sociedad, la propiedad y el capital son permanentemente reaccionarios por su creencia y organización, por su interés y su ambición, del mismo modo que el pueblo es revolucionario por instinto y necesidad”.

No obstante los abusos engendrados por la propiedad, P. F. Vicuña considera como primera condición de la sociabilidad el respeto de la propiedad, por ser el móvil más poderoso del progreso y de la civilización y, además, premio del trabajo, orden, economía y virtud. Pero la propiedad tiene sus límites derivados de los derechos del trabajo, “que siendo el productor de las riquezas, tiene una mayor parte en su distribución que el capital y la tierra, que sólo son sus agentes”.

Según P. F. Vicuña, la fuerza niveladora de la democracia hará desaparecer el abuso de la propiedad territorial y el capital. Propone medidas concretas para asegurar al trabajo agrícola una retribución justa y equitativa, de acuerdo con su papel en la producción de la tierra. Terminar con el hecho de ser el terrateniente más bien un explotador del inquilino que de la tierra. Como dice Vicuña: “El propietario ha comprendido muy bien que su verdadero interés más que en los productos de la tierra está en la apropiación que se hace del trabajo de su inquilino”. En cuanto a la industria, para libertarla de la tiranía del capital, plantea la organización del crédito y la creación de un Banco Nacional, que baje los intereses hasta un mínimo y concentre todo el crédito del país. A propósito, en su concepto, “Chile está llamado a ser un pueblo fabril e industrial, antes que agricultor, por la extensión limitada de su territorio de cultivo, mientras que abunda en minas de todas clases, y tiene las primeras materias para las más ricas manufacturas”. Por otro lado, propicia la extensión y libertad del sistema electoral. Y frente a la grave situación de América latina, defiende la necesidad de constituir una Confederación de los estados hispanoamericanos, pero no como obra de los gobiernos existentes, pues ninguno de ellos expresa la voluntad nacional, sino por gobiernos libres.

A su juicio, los pueblos marchan a la igualdad social y la nivelación económica: “los pueblos pastándose a sí mismos no pagarán entonces este enjambre de comisionistas, corredores y otros agentes del capital, que tanto recargan los valores, antes de llegar a las manos del consumidor. Cuando seamos productores a la vez seremos comerciantes y navegantes, y no como ahora subalternos agentes de las factorías

extranjeras, que se han establecido entre nosotros”.

Termina su nutrido ensayo con palabras bien claras acerca del dilema actual de la sociedad: o la reforma y la civilización, o la barbarie precursora de un nuevo feudalismo, y expresa: “El pueblo con las nuevas ideas y teorías ha perdido su antigua elasticidad de someterse a todo; ha agotado sus recursos y fuerzas productoras, ha tocado el último extremo, que es el pauperismo, peor que la servidumbre, igual al hambre, desnudez y desesperación: los extremos se tocan, la revolución está encima, es preciso que la autoridad la contenga. El interés es sordo, el espíritu de dominación inflexible, sólo el poder político puede salvar los pueblos y naciones de un retroceso que de otro modo es inevitable. Limitar la acción destructora de la usura por medio del crédito, y señalar una renta justa y natural al producto de la tierra, ha sido remedio que he indicado; pero la organización del trabajo por medio de gremios, que le aseguren un salario racional, y lo liberten de la competencia, es el complemento y garantía de la gran obra, a que son llamados los gobiernos ilustrados, que deben salvar al mundo de la revolución que lo agita”.

El mismo año de 1858 salió a luz otro curioso ensayo social, bajo la inspiración del cristianismo original y el socialismo utópico, formando un notable contraste con algunas de las tesis de P. F. Vicuña, pero concordante en la crítica acerca al sistema imperante. Es el libro de Martín Palma: “El cristianismo político o reflexiones sobre el hombre y las sociedades”. En él ataca a la propiedad y le achaca todos los males humanos. Aunque coincide en sus ataques a la sociedad dominante con Vicuña, se aparta en cuanto al análisis de las causas originadoras de los males señalados.

Martín Palma ocupa un sitio en la literatura nacional como novelista popular. Publicó folletines extensos: “Los secretos del pueblo” (donde intercala discursos de regeneración y reformas sociales; una digresión sobre la propiedad, glosando a Proudhon); “La felicidad en el matrimonio”; “Los misterios del confesionario”, de tendencia anticlerical.

Su ensayo, “El cristianismo político o reflexiones sobre el hombre y las sociedades”, fustiga el régimen imperante y denuncia las desigualdades sociales, en líneas como las siguientes: “Sin embargo, no faltan hipócritas o ilusos que nos digan: el proletario tiene su libertad, nadie le impide que se forme y crezca, abierto le está el camino, y los escalones del poder se encuentran a su alcance; pero no es más que una mentira audaz y de cuya falsedad el mundo entero es testigo. Echad una ojeada rápida pero imparcial sobre la tierra. Ved los males y miserias que aquejan por todas partes a esa porción oprimida y responded si el pobre es libre”... A juicio de Martín Palma, sobre la desigualdad se han construido todos los elementos de nuestra sociedad. El derecho ha legitimado la fuerza, la injusticia, la opre-

sión y el privilegio; el derecho ha consagrado la explotación, el egoísmo, la miseria..." La propiedad tal como está constituida es una institución nefasta, no "otra cosa que el bandalaje autorizado por la ley, el robo sancionado por la fuerza, legitimado por la ignorancia, conservado por un mal entendido egoísmo... Las sumas acumuladas por el poderoso, son el sudor de sangre vertido por los poros del proletariado... La propiedad y el capital impone la ley y hacen a la humanidad el sitio por hambre; y esa propiedad y ese capital, ¿qué otra cosa es, sino la acumulación del sudor humano convertido en oro, transformado en despotismo para unos, en miseria y humillación para otros?". Del régimen de propiedad emanan las desigualdades sociales y la carencia de libertad para la gran mayoría; el imperio de la libertad supone la destrucción de la tiranía de la nobleza, de la tiranía del privilegio, de la tiranía de la religión, de la tiranía del capitalista, de la tiranía de la miseria, en fin, que encadena al hombre a su despacho, obstruyéndole el paso con una barrera insuperable". Reflejo de una sociedad defectuosa, las instituciones políticas "sólo representan la servidumbre humana, porque son la encarnación viva del despotismo". A su entender, debe realizarse "la felicidad del hombre en este mundo" por la reconstrucción total de la estructura social, en la cual se eliminen todos los males señalados".

Ambos ensayos, el de M. Palma y de P. F. Vicuña, exhiben un idéntico afán por esclarecer los males sociales y presentar soluciones nuevas, revolucionarias para su época.

Los diversos escritores analizados, como Lastarria, Bilbao, Arcos, Abasolo, P. F. Vicuña, Martín Palma, Letelier, han influido en los grandes ensayistas sociales de comienzos de este siglo: N. Palacios, A. Venegas, Tancredo Pinochet, R. Espinoza, Luis Arrieta, V. Brandau, y otros ya cita-

dos. Y en algunos no nombrados como Jorge Gustavo Silva, (1881-1967), autor de "La cuestión social y la legislación de Chile", de 1927, y "Nuestra evolución político-social", de 1931; Carlos Dávila, (1885-1955), periodista, con un libro formidable en el análisis pragmático de los problemas del continente americano y de las relaciones entre los EE.UU. y la América latina, su grueso volumen: "Nosotros los de las Américas".

El último de los ensayistas omitidos por el profesor R. A. Inostroza, y de real influencia intelectual, es Eduardo de la Barra, con su libro polémico: "Francisco Bilbao ante la sacristía". Su obra merece un estudio especial y lo realizaremos en un artículo próximo.

Algunos críticos literarios de este siglo experimentaron también la gravitación del pensamiento de los ideólogos mencionados en estas notas. Por ejemplo, Armando Donoso, (1888-1946), autor de un excelente estudio acerca de "Bilbao y su tiempo", y de una recopilación de la obra dispersa de Alejandro Venegas (su maestro en el liceo de Talca), precedida por un largo ensayo interpretativo de la personalidad del ilustre educador y sociólogo; Domingo Melfi, (1890-1946), comentarista inteligente y entusiasta de la producción de varios de los pensadores citados y, a su vez, redactor de monografías sagaces en torno a los problemas sociales y éticos de la crisis chilena, como: "Sin Brújula" e "Indecisión y desengaño de la juventud"; Eugenio Orrego Vicuña, (1900-1959), quien publicó el primer examen sistemático de la experiencia revolucionaria rusa, en su denso libro "En el país de Lenin", aparecido en 1932; y Ricardo A. Latham, (1903-1965), con numerosos artículos y ensayos sobre los asuntos sociales y el enfoque de personalidades de avanzada ideológica y, al mismo tiempo, protagonista brillante en las luchas políticas de 1931-1932 en adelante.